

Tan exagerada es la idea que en México se tiene de lo mortífero que es el clima de los pueblos situados á orillas del Golfo, como la que los habitantes de aquellos lugares tienen del de México.

Llegar á Veracruz ó Yucatan y ser atacado del terrible vómito ó fiebre amarilla, y morir en seguida, es todo uno para la mayor parte de los mexicanos.

Llegar á México y perecer de tifo ó de una violenta pulmonía, es inevitable en el concepto de los de tierra caliente. Que no es muy fundada esa opinion, nacida de casos mas ó menos extraordinarios, es una cosa

que no se oculta á las personas ilustradas y á los que han tenido ocasion de viajar alguna vez.

Hánseme ocurrido estas reflexiones ahora que tengo que presentar á la familia veracruzana, preocupada hondamente con el temor del tifo.

El clima de México habia restablecido hasta cierto punto la quebrantada salud de Julia. Don Juan estaba, como es fácil suponer, sumamente satisfecho con el alivio de su hija; pero hé aquí que una mañana se sintió la jóven mala, pasó así todo el día, y cuando entró la noche ardia en una calentura que la postraba.

Al punto que don Juan vió el carácter sério que iba tomando la indisposición de Julia, y mucho mas oyendo los temores que Andrea manifestaba y los síntomas que decia descubrir, cruzó en el pensamiento del cariñoso padre la idea de que una de las dos terribles enfermedades de que he hablado, era la de que adolecia su hija.

Eran las ocho de la noche.

BIBLIOTECA DE LA
CAPILLA ALFONSINA
D. A. N. L.

El cielo estaba oscuro, y una lluvia copiosa caía sobre las ya inundadas calles de la ciudad.

Don Juan buscó en vano un criado que saliese en busca de un coche para ir él en persona á traer un médico. Olvidóse por un momento de las preocupaciones que tomaba para salir de noche; no se acordó de su tenaz pensamiento de que en México no se puede andar despues de las *oraciones* sin peligro de ser asaltado por algun malhechor, y habiéndose enterado de que en la calle, y en el número que se le dijo, vivia un médico afamado, lanzóse en su busca, y en pocos minutos tocaba á la puerta de la casa del doctor.

—¿Está el doctor en casa? preguntó al portero.

—Sí, señor, pase vd.

Don Juan, sin enterarse de nada mas, subió las escaleras, y á poco, y sin hacerse anunciar, penetraba á la sala del entresuelo en que vivia Emilio.

Este se ocupaba en aquel momento en leer

su correspondencia que le habia entregado el portero minutos antes.

Don Juan, en su aspecto no habia sufrido alteracion alguna, de modo que, cuando Emilio, al sentir pasos en su habitacion, dejó de leer sus cartas, conoció al punto al padre de la mujer que amaba.

Si don Juan no hubiese estado tan preocupado, habria notado el estremecimiento del que él creia un doctor, cuando escuchó sus primeras palabras.

—Señor doctor, dijo don Juan á Emilio, si las lágrimas de un padre que teme perder á la única prenda de su corazon, tienen ante los ojos de vd. algun valor, yo le ruego que me siga en este momento. Yo soy veracruzano, y tengo á una hija jóven, de diez y siete años, á quien traje á esta capital á que mejorase su quebrantada salud, mudando temperamento.

Hace algunos meses que estamos en México, y cuando ya creia yo salvada á mi bella Julia, hé aquí que hoy se ha enfermado,

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
D. A. N. L.

y me asalta el temor de que pueda ser el *tifo* el mal que siente.

—Tranquilícese vd., señor, repuso Emilio; no ha de ser mas que un resfriado, y aun supeniendo que fuese el *tifo*, ese mal no es incurable.

Diciendo esto, tomó su sombrero y un paraguas, y bajó acompañado de don Juan.

Por fin iba á realizar sus esperanzas. Iba á ver á Julia, á hablarle, á recordarle sus primeros juramentos. Tan preocupado estaba con estas ideas, que no recordaba que Julia estaba en el lecho del dolor, y que necesitaba realmente la presencia de un facultativo; pero para un hombre apasionado no hay imposibles, y en un instante urdió toda la trama de la comedia que tenia que representar. Además, él no habia desengañado á don Juan; sino que, desde que escuchó el objeto de su visita, creyó que el cielo le presentaba aquella oportunidad. Lo de menos era para Emilio ponerse de acuerdo con el verdadero doctor y visitar ambos á la enferma como en los casos graves.

Cuando Emilio penetró en el aposento de su amada, reposaba ésta. A su cabecera estaba Andrea, que se asombró de ver al doctor, porque hallaba entre él y Emilio una semejanza muy grande. Sin embargo, nada dijo.

El fingido doctor reconoció á la enferma sin que ésta abriese los ojos, y dijo que no recetaba porque él mismo iba á traer la medicina de su casa.

Suplicó que le siguiese Andrea, y ofreció volver al dia siguiente, asegurando que la enfermedad no era de cuidado.

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
D. A. N. L.
CAPILLA ALFONSINA

cuando él mismo vino en el momento de su llegada a casa. A su llegada se le presentó un hombre que se presentó como el doctor de familia, y él mismo se presentó como el doctor de familia.

El fingido doctor reconoció a la enferma y dijo que era su hijo y dijo que no reconocía porque él mismo iba a traer la medicina de su casa.

Al día siguiente, y pretextando Emilio que era conveniente acompañarse de otro facultativo, llevó al verdadero doctor á casa de don Juan, y quedaron ambos encargados de la curacion de la enferma.

Mientras tanto, Andrea, puesta ya de acuerdo con Emilio, había informado á Julia de todo. Julia se sorprendió, pero amaba demasiado á Emilio, le veía ya libre y no vaciló en recibirle, fingiendo no conocerle cuando don Juan estuviese presente.

En una de las varias visitas que el fingido doctor hizo á la jóven, aprovechando la cir-

cunstancia de hallarse fuera de casa don Juan, quedaron reanudados para siempre aquellos amores que por tantas vicisitudes habían pasado.

No traslado aquí ese diálogo tierno y apasionado que tuvo lugar en el momento en que Julia y Emilio se vieron solos por primera vez despues de los amargos dias de una ausencia que habían creído eterna. Tiene el amor un encanto misterioso, una poesía indefinible, y por eso sería inútil pretender describir ciertas escenas que parece deben quedar cubiertas con un velo vaporoso que deje entrever un paraíso de ventura y felicidad.

Pocos dias despues Julia estaba completamente buena, pues su enfermedad había sido demasiado ligera, y don Juan, al despedirse el fingido doctor, le dijo:

—Señor doctor, ha salvado vd. á mi hija y mi reconocimiento será eterno. Tenga vd. la bondad de enviarme hoy mismo la cuenta de sus honorarios.

CAPILLA ALFONCINA
D. A. N. C.

—Señor don Juan, repuso Emilio, mis honorarios, si vd. me concede este inmenso bien, no serán otros que la mano de Julia, que Emilio*** á quien tomé vd. por médico, tiene la honra de pedir á vd. Soy completamente libre, y no tiene vd., como hace dos años, que temer la injustificable oposicion de mi familia á este matrimonio.

La sorpresa de don Juan fué tan grande que nada pudo comprender, y pidió explicaciones al doctor, como él llamaba á Emilio.

Recibiólas muy pormenorizadas y luego que Emilio hubo terminado de hablar, exclamó:

—¡Diablos de enamorados! No parece sino que por medio de los espíritus me atrajo vd. hasta su casa, señor don Emilio; me parece un sueño todo lo que está pasando.

—Pues no es sino una realidad, y que no tiene nada de sobrenatural. Los hombres, don Juan, tenemos un destino que mas tarde ó mas temprano tiene que cumplirse, por mas que se interpongan obstáculos que parecen

insuperables. Pero, ¿me dá vd. la mano de su hija?

—(Obedezco esa ley que se llama del destino, señor doctor; la mano de Julia os pertenece. Permítame vd. que siga llamándole doctor; la enfermedad de mi hija era una afeccion del alma; vd. la ha curado, ó mejor dicho, el amor. Pero dígame vd.: ¿será vd. capaz de querer establecerse en México, expuesto al tifo, á la pulmonía, á los plagarios y á los rateros?

—Don Juan, vd. exagera; México es una ciudad como cualquiera otra. Hay aquí enfermedades peligrosas como en todas partes; y en cuanto á esos otros defectos, no crea vd. que solo en México se roba y.....

—¡Con que es decir que me separaré de Julia! porque yo no puedo vivir sino en Veracruz.

—No, don Juan, nos iremos luego que la bendicion del cielo haya santificado nuestra union; pero antes veremos cuanto haya de notable en México. Por mas que el ciego es

píritu de localismo nos haga decir muchas veces lo que no sentimos, México tiene cosas muy buenas, y vd., Julia y yo, debemos verlas. Poco hace llegué de los Estados- Unidos, y le aseguro á vd. que cuando me preguntaba allí alguno, de las cosas de México, me avergonzaba de no poder hablar sino del comercio de Veracruz, de su muelle y.....

—Bien, lo pasearemos todo, pero nos iremos luego, ¿verdad?

Sí, don Juan, el corazon ama mucho aquellos lugares que encierran sus recuerdos. Veracruz los tiene para nosotros, y para mí muy tristes por cierto.....

.....

.....

Frente al mar he visto despues una hermosa casa en que viven felices, como lo son todos los que realizan sus esperanzas, Julia

y Emilio, que salen en las tardes de los dias festivos á dar un paseo por la ribera, á la hora del crepúsculo, y consagran á México el mas dulce de sus recuerdos.

CAPILLA ALFONSIÑA
M. A. N. I.